



ADIÓS

XI CONCURSO DE CUENTOS REPSOL, S. A.

PRIMER PREMIO EN LENGUA CASTELLANA

Autora: **Ruth Patiño Rey**

AÑO 1998

Hoy me han otorgado el Premio Planeta. Tengo que hacer un discurso. Podría ocupar el tiempo dando las gracias: a mis padres, a mis amigos, a las editoriales, a los lectores, pero creo que está demasiado visto.

Si diera las gracias a alguien se las tendría que dar a Carmen por ser la que me enseñó el amor y la que descubrió en mí también el dolor, que me llevó a la poesía. Tendría que dar las gracias a este mundo egoísta, que nunca me ha entendido, por hacerme sentir distinto, incomprendido; por hacerme recurrir a un papel como confesor de sentimientos e intimidades. Tendría que dar las gracias a mi propia manía de guardarme todo para contárselo al oído a un papel arrugado. Y también a los antiguos poetas a quien tanto admiro, éstos fueron, y aún son el listón alto que me he puesto, y en ellos encontré nombre a esos sentimientos que yo creía únicos en el mundo. Pero no quiero dar las gracias a quien las merece, pues descubriría el secreto de mi inspiración. Podría hacer un recorrido por mi vida, pero ¿a quién le interesa?

Mi vida, ¿realmente tuve vida? ¿Ha sido todo un sueño?

Los inicios de mi existencia como persona, y digo bien como persona, porque como humano se remontan a mucho antes, se remontan a Carmen. Tenía yo diecisiete años y ella otros tantos. Recuerdo sus ojos profundos, sus densas ojeras, su pelo brillante, su sonrisa, sus colores que nunca la abandonaban, los que ella odiaba y yo adoraba. Recuerdo lo mucho que me cos-

taba hablar con ella al principio por ese cosquilleo en el estómago que hace tanto que no siento. Creo que fue el tiempo que ella estuvo a mi lado a lo que realmente puedo llamarle vida pues aún vivo de esos recuerdos. Cuando Carmen se fue intenté aferrarme a su recuerdo, me prometí que nunca la olvidaría pero ni siquiera el dolor dura para siempre. Si intento mirar atrás no logro recordar con precisión. Sin embargo ese recuerdo vago y melancólico invade mi persona y recorre mis venas como una fuerza vital que me permite continuar mi camino hacia el adiós.

Carmen fue una ilusión, nos pasamos la vida jugando al escondite y he postergado muchas decisiones esperando a que ella asomara la cabeza. El primer año fue un sueño. Estábamos en la misma clase. No éramos los de notas más altas de clase pero había en nosotros una gran pasión por los sueños, las letras y la filosofía. Extraño cóctel que nos unió para reportarnos una felicidad ilimitada dentro de los límites ineludibles del tiempo. Había entre nosotros una especie de competencia sobre quien escribía la redacción más romántica y conmovedora o quien lograba deducir la frase más profunda y significativa.

Pero aún así algo nos aislaba. Finalmente, tras insistentes miradas por mi parte, un día te acercaste bajo no sé cuál tonto pretexto acompañada como siempre de tus simpáticos colores. Hablamos un rato y discutimos sobre el tema de debate de la próxima clase, no recuerdo de qué trataba pues estaba totalmente perdido en tus ojos, sorprendiéndome con tus ideas, escu-

chando tu voz. En esta clase, se nos mandó hacer un trabajo que quedamos en realizar juntos. Fue un desastre, pues a los dos nos costaba hablar de nuestras deducciones y pensamientos profundos. Aún está vivo en mi memoria el día en que, con el corazón latiendo más aprisa de lo normal, te propuse seguir el trabajo en la zona del puerto. Recogimos nuestras cosas, nos situamos en la zona de los barcos de paseo y sentados en las escaleras de cemento contemplamos la puesta de sol admirados del mosaico de colores con los que nos deleitaba el cielo acompañados por la canción de las olas de fondo.

Ese día tuvo un significado especial, sin una palabra, con el sol como único testigo transmitimos nuestros sentimientos a través de las miradas y de los constantes murmullos del profundo silencio. Fue en ese lugar donde dos personas completamente locas se dieron el beso más sincero y deseado que se haya podido dar nunca.

A partir de ahí todo siguió un curso más o menos lógico, siempre rodeado por una magia especial en la que el más pequeño detalle se nos antojaba el momento más trascendente.

Después de tantos años aún no sé cómo contar el final. No soy capaz de encontrar las razones de porqué ocurrió. Supongo que nos alejamos, mas no sé cómo pues nuestras almas estaban en perfecta armonía y llegamos a ser completamente translúcidos el uno para el otro. De esos días recuerdo tus ojos hundidos, llenos

de lágrimas que resbalaban a través de la profundidad de tus densas ojeras para morir en tus labios. Recuerdo un nudo en la garganta que me impedía expresar todos esos sentimientos que quedaron ahogados en lo más profundo de mi ser y aún intentan arrastrarme en las más tristes horas grises... unos labios rozándose como despedida que tu rostro girándose bruscamente impidieron convertirse en un beso. Tu paso apresurado para que no te viera llorar más y el mundo cayéndose encima. Horas encerrado entre melancólicas canciones y folios llenos de sentimiento que me parecían poco para expresar todo lo que sentía. Porque los sentimientos son eso, sentimientos, y resulta imposible describirlos con exactitud. Llegué a ser un incomprendido alejado del mundo y a la vez portador de una máscara, debutando como el mejor de los actores, el más sociable y sonriente alumno de una profesión efímera para obligarme a no pensar, dejando a un lado a los grandes filósofos para refugiarme en los trágicos y maravillosos autores románticos.

Tú seguías cerca de mí, aunque en otra galaxia. Coincidíamos cuando los amigos en común se reunían, que resultaba ser con bastante frecuencia, y de vez en cuando me dedicabas un rayo de luz. Intentaba olvidarte y a la vez aferrarme a tu recuerdo.

Después tú saliste con otro y entonces yo también salí con otra y luego con otras. Fueron como una golosina dada a un niño enfermo que, a pesar de no calmar el dolor, le permite conocer la ilusión momentánea.

Poco a poco, mientras el dolor de la ruptura me abandonaba lentamente, fui dejando de sentir y la herida que abrió tu ausencia se cubrió con una falsa cicatriz que no curaba la herida pero permitía acostumbrarse, someterse a ella sin que nada se revelase en su interior.

La vida se cubría con una neblina que me convertía en un mero espectador, viendo transcurrir el tiempo y avanzar por ella como a través del objetivo de una cámara.

Con el tiempo encontré una vida inventada pero la única que sabía vivir. La de los poemas, relatos e historias en las que me envolvía al escribir, lo único que me permitía adaptarme a la monotonía.

Un día tú te casaste y yo fui a tu boda. No sé si fuiste feliz. Y un día él se murió. Tampoco sé si lo sentiste. Fui a su entierro. Vi el camino libre otra vez entre tú y yo pero no sentí nada. Era como si no me estuviese pasando a mí, pues había dejado de vivir la primera vez que nos dejamos, que me abandonaste. Te tenía enfrente y luego sobre mi hombro derramando lágrimas por el difunto. Dijiste algo así como «la vida sigue». No sé si fue una indirecta o una mentira, aunque fuera cierto que seguía, yo ya estaba al margen de ti y de ella. Todo quedaba demasiado lejano como para resucitarlo. No sé si estoy arrepentido de no haberlo intentado. Después tú te moriste. Fui a tu entierro y al mío. Lloré por ti y por mí. De esto hace ya cinco años. Tengo setenta y seis. Ese día hubo amigos del pasado,

de esos que no veía desde que tú y yo... que vinieron a darme el pésame. Ellos lo entendían, sabían que nuestras vidas por separado no eran nada, me miraban como si yo ya me hubiese ido.

Ayer, en el paseo junto a la playa, había una niña sentada en un banco. La miré y le sonreí. A ella se le subieron los colores y con sus ojos oscuros y sus densas ojeras me dijo que tenía una mirada atractiva. Tú me dijiste lo mismo una vez en las frías escaleras de un puerto de mar. Le pregunté cuántos años tenía:

—Diecisiete.

Ahora está lloviendo, el cielo es completamente gris, mi habitación completamente azul, de un azul frío, apagado.

Releyendo este discurso me doy cuenta de que estoy hablando como si vivieses, cuando tu cuerpo se pierde en la inexistencia y tu recuerdo crea vacío. Veo también que esto no se parece a un discurso para un Premio Planeta, un libro que escribí imaginando que la vida me daba otra oportunidad.

Ahora que el final de esta carrera queda cerca, cuando miro mi camino hasta el presente, veo que no son las arrugas las que envejecen a la persona. Una parte de mí, la que disfruta únicamente con la inmensa soledad, contemplando el mar y el cielo, las sonrisas y las melodías, sigue conmigo pero otra permanece muerta desde mucho antes que las arrugas me deformaran el rostro.

Creo que daré la vuelta al retrato de tu foto en blanco y negro y, mientras veo reflejada en el espejo una gastada imagen con la que no me identifico, escribiré cuatro palabras que suenen bien para decirlas mientras recoja orgulloso el premio a mi vida ausente.

Y después... seguirá rodeándome la nada.